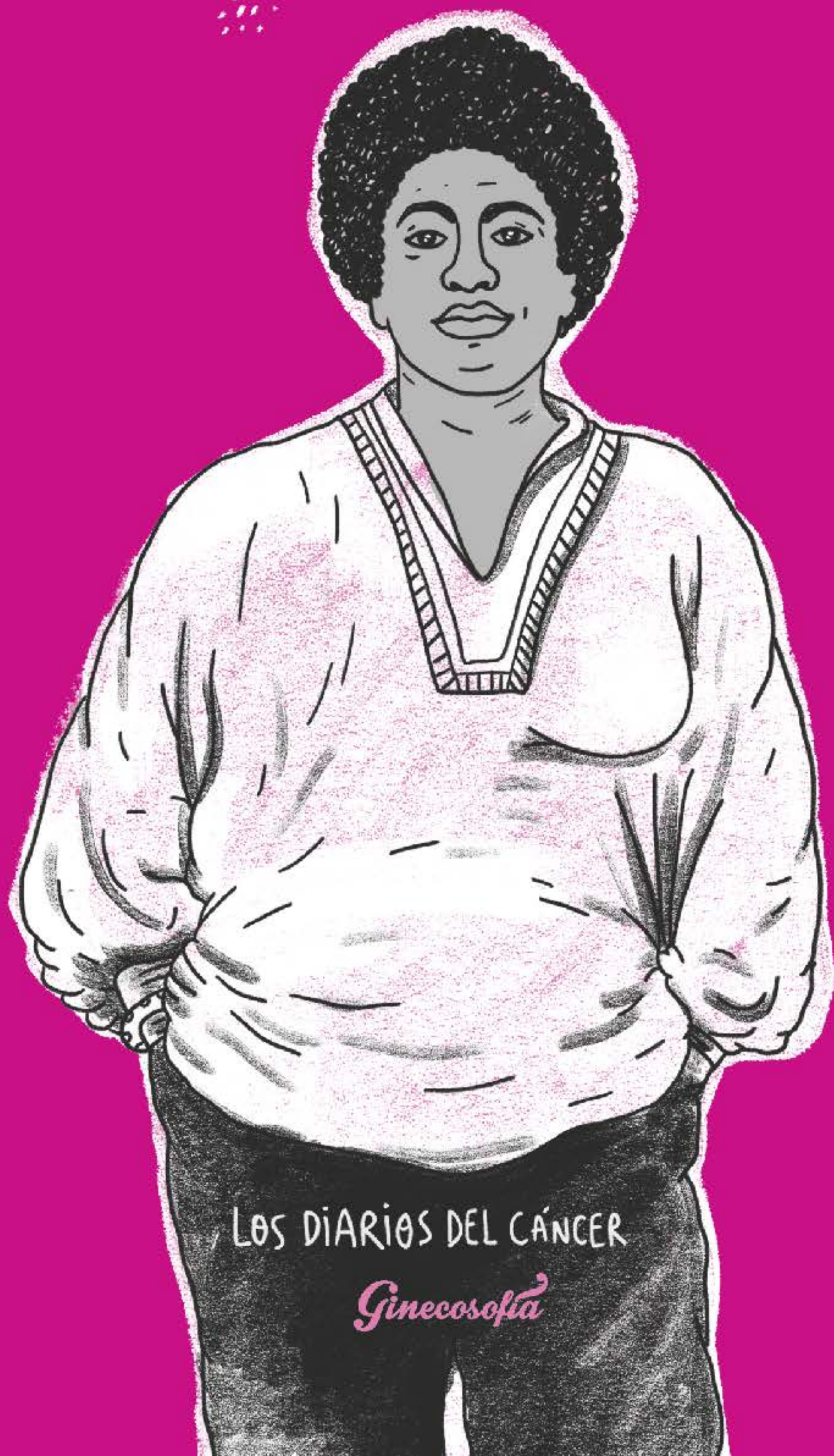
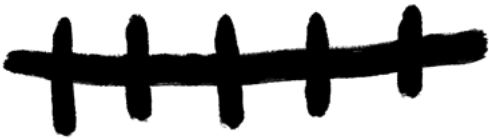


AUDRE LORDE



LOS DIARIOS DEL CÁNCER

Ginecosofía





© AUDRE LORDE, 1980

© Traducción, GABRIELA ADELSTEIN, 2008

© Esta edición en español, GINECOSOFÍA, 2019

TRADUCCIÓN: Gabriela Adelstein

REVISIÓN DE TRADUCCIÓN: Verónica Gelman y Melisa Wortman

DISEÑO DE INTERIOR: Melisa Wortman

DISEÑO DE CUBIERTA E ILUSTRACIÓN: Lucía Ladreche



Licencia CREATIVE COMMONS

Atribución-No Comercial-Compartir igual-4.0 Internacional

AUDRE LÓRDE

LOS DIARIOS DEL CÁNCER

Traducción de
Gabriela Adelstein

Ginecosofía

EL AUTO-CUIDADO COMO LEGADO

En el mundo de la literatura, conviven con la creación diversas injusticias. Todo lo que hemos leído por siglos ha sido en gran medida el resultado de lo que ciertos varones letrados y privilegiados han decidido que leamos/aprendamos. La industria editorial ha estado al mando de esa invisible pero evidente voz universal heteronormativa que ha moldeado nuestros pensamientos y hasta cierto punto, también nuestros cuestionamientos... Han decidido deliberadamente cómo, cuándo y para qué debe usarse la palabra escrita. Han mermado las posibilidades de desarrollo de la literatura creada por mujeres, mucho más si ellas hubieran tenido la osadía de mostrar algún tipo de subjetividad rebelde o “abyecta”.

Existen muchas formas de borrar a las mujeres del mundo de la escritura, incluso de su propia obra: omitir su autoría, poner en duda su capacidad de creación, alterar sus palabras, reducir su obra a un solo género, incluso restringirlas a la categoría de “literatura de mujeres”, siempre en comparación con el canon literario oficial. Como si las artes merecieran una categorización diferente al ser desarrolladas por mujeres, gays o transexuales, lo que definiría así *otra* rama de la propia disciplina.

Los diarios personales, como subgénero de la autobiografía, han sido considerados por la crítica literaria hegemónica (blanca y masculina) un género “menor” y por ende ligado *siempre* a la escritura de las “fémimas”. Desde esa mirada peyorativa, no tendrían ninguna elaboración intelectual o valor artístico y albergarían temáticas insignificantes: romances, encierros, dolores y dramas de todo tipo. Por esta crítica inhabilitante, un sinfín de autoras y sus obras han visto impedido el despliegue de su talento y la posibilidad de hacerse escuchar, en contextos históricamente violentos.

Nuestro proyecto de investigación y publicación elige habitar los márgenes de ese mundo editorial, con exploraciones que buscan poner nuestras propias inquietudes en diálogo con los feminismos, y así aportar al debate y la reflexión sobre temáticas que consideramos simples pero no por ello menos elementales para la transformación humana.

Nuestras publicaciones se centran en la temática del cuidado propio y mutuo, y qué “menor” o “femenino” que esos ejes de la salud autogestiva y comunitaria, históricamente menospreciados como “asuntos de mujeres” por un paradigma extractivista demasiado soberbio para negar estos saberes mientras hace que el mundo se caiga a pedazos.

Las palabras de Audre Lorde comienzan a brotar como rayos esperanzadores desde la tierra: proclaman que el auto-cuidado es un acto político, un ejercicio íntimo y a la vez colectivo para la reparación y la recuperación, imprescindibles para la lucha y el mantenimiento de la vida.

Llegar a esta publicación que tienes en tus manos nos llevó más de un año de trabajo. En este camino, fue fundamental la tarea que habían realizado las compañeras de *Hipólita ediciones* (Rosario, Argentina), quienes por primera vez habían traducido este libro al castellano hace más de una década. A ellas agradecemos especialmente su generosidad y flexibilidad para que pudiéramos revisar y pincelar aún más la traducción.

Los diarios del cáncer fue publicado por primera vez en el año 1981, originalmente en inglés. Hoy, a casi cuatro décadas de distancia, se nos hace imprescindible volver a publicarlo, expandir esta obra fundamental para quienes están viviendo o acompañando la experiencia de un cáncer o cualquier proceso de salud, enfermedad, muerte y cuidado, como desafíos de la experiencia humana.

Este íntimo diario pone en evidencia cómo la escritura –entre otras tantas manifestaciones del arte– puede ser una preciada herramienta y compañía ante una crisis: permite revelar lo que duele, nombrar el sentir más desgarrador a través de la acción poético-política que implica decir, llevar a la palabra, inteligible para otras, lo que se hace alquimia en el cuerpo: lo que ha hecho consigo mismo, lo que le hemos hecho, las violencias a las que nos expusimos, las que no (nos) pudimos evitar y el dolor que estas nos provocan en todos los niveles de nuestra existencia. Porque la palabra es la primera experiencia común. Y, desde ese gesto de desandar el silencio, Audre propone una cercanía que convierte su vivencia –que creíamos que debía ser íntima, solitaria y silenciosa– en la de una voz colectiva.

*Y nuestra fuerza de trabajo
se ha vuelto más importante
que nuestro silencio*

Su espléndida poética nos sumerge en su proceso de mastectomía. En las notas del diario personal que lleva en ese tiempo de su vida, Audre desovilla un dolor lacerante, nos invita a no quitarle la mirada al sufrimiento, a ese que habita en cada una de nosotras en forma de memoria-cuerpo. Y se zambulle en el análisis de lo que este cáncer le regala, como una oportunidad: acercarse a las potencias del auto-cuidado personal y colectivo, del cuerpo como territorio político, de la importancia de no ignorar lo que nos distingue como mujeres feministas, del poder de lo erótico, del amor lésbico y de lo indispensable que es la contención de un cálido círculo en el cuidado de un cuerpo enfermo.

Entrar en este diario es acompañarla en su incesante lucha desbordada de poesía: memorias a veces agónicas, pero cargadas de una profunda dulzura y amor hacia la vida, de una espiritualidad que se va reconociendo cada vez más con sus raíces afrocaribeñas, una conexión llena de fuerza y sabiduría que la sostiene hasta el final de sus días.

En Chile y Argentina –sólo por mencionar los países donde estamos publicando este libro–, el cáncer de mama es la primera causa de muerte en las mujeres con cáncer. Como dice Audre, “vivimos en una economía de lucro, y no hay lucro en la prevención del cáncer; hay lucro sólo en su tratamiento”. Tras la rápida y simple solución de los implantes mamarios –como si fuera apenas una cuestión estética–, se esconde

el tabú social hacia la diferencia y la medicina patriarcal impone sus prácticas sexistas como el único camino posible.

¿Nos enfermamos acaso por no ser lo suficientemente felices en un mundo que sufre? ¿La alegría se encuentra en la “normalidad”? ¿Acaso la felicidad no es un horizonte que se puede encontrar incluso en la lucha contra las opresiones? No es que ella proponga quedarse en el masoquismo de algunos íntimos espacios oscuros, sino que nos invita a la esperanzadora posibilidad de hallar en lo hondo del dolor una potencia ineludible, así como optar por la “monstruosidad” de la diferencia –que ella bien sabe habitar–. Al reconocer el miedo como una fuente de información valiosa y así convertirlo con sabiduría en fortaleza, la experiencia de aceptarlo –según su mirada– no nos convierte en víctimas sino en guerreras de una transformadora batalla.

Antes de morir, Audre Lorde renació en su nuevo nombre elegido: *Gamba Adisa*, que significa “Guerrera: la que se hace comprender”. Y aun después de fallecida, nos acoplamos a ella en la senda de lo “menor”. Para que sus palabras nunca dejen de recordarnos que “aún existen muchos silencios que romper” y que este es el comienzo de un reverdecer para el cuidado de la vida que aún nos queda.

PABLA PÉREZ SAN MARTÍN
 Valle del Aconcagua
 Solsticio de invierno 2019

*Quiero reconocer con gratitud
a todas las mujeres que
compartieron su fortaleza
conmigo todo este tiempo, y
un agradecimiento especial
a Maureen Brady, Frances
Clayton, Michelle Cliff,
Blanche Cook, Clare Coss,
Judith McDaniel, y Adrienne
Rich, cuyo apoyo y crítica
amorosos me ayudaron a
terminar este trabajo.*

INTRODUCCIÓN

• 1

Cada mujer responde a la crisis que trae a su vida el cáncer de mama a partir de un esquema general, que es el diseño de quién ella es y cómo ha vivido su vida. La trama de su existencia diaria es el campo de entrenamiento para manejar las crisis. Algunas mujeres tapan los sentimientos dolorosos que rodean a la mastectomía con una manta de “hacer como si nada”, manteniendo así esos sentimientos ocultos por siempre, pero expresados en otro lado. Para algunas, en un valiente esfuerzo para no ser vistas como meras víctimas, esto implica insistir en que no existen tales sentimientos, y que no ha pasado nada. Para algunas mujeres, implica el minucioso estudio de una guerrera ante una nueva arma, no deseada pero útil.

Soy una mujer que tuvo una mastectomía y que cree que nuestros sentimientos necesitan voz para ser reconocidos, respetados y útiles.

No quiero que mi ira, mi dolor y mi miedo sobre el cáncer se fosilicen en otro silencio más, ni me roben la fortaleza que puede haber en

el centro de esta experiencia, abiertamente reconocida y examinada. Para otras mujeres de cualquier edad, color e identidad sexual que reconocen que el silencio impuesto sobre cualquier área de nuestras vidas es una herramienta para la separación y la falta de poder, y para mí misma, he tratado de expresar algunos de mis sentimientos y pensamientos sobre el engaño de las prótesis, el dolor de la amputación, la función del cáncer en una economía de lucro, mi confrontación con la mortalidad, la fuerza del amor de las mujeres y el poder y las recompensas de una vida consciente.

El cáncer de mama y la mastectomía no son experiencias únicas, sino compartidas por miles de mujeres estadounidenses. Cada una tiene una voz particular que alzar en lo que debe convertirse en un grito femenino contra todos los cánceres evitables y contra los miedos secretos que permiten que esos cánceres prosperen. Que estas palabras sirvan como incentivo para otras mujeres, para hablar y actuar nuestras experiencias con el cáncer y con otras amenazas de muerte, porque el silencio nunca nos ha traído nada valioso. Más que nada, que estas palabras remarquen las posibilidades de auto-curación y la riqueza de la vida para todas.

Hay una experiencia común de aislamiento y reevaluación dolorosa compartida por todas las mujeres con cáncer de mama, sea esta generalidad reconocida o no. No es mi intención juzgar a aquella mujer que ha elegido el camino de la prótesis, el silencio y la invisibilidad, la mujer que desea ser “la misma de antes”. Ha sobrevivido gracias a otro tipo de coraje, y no está sola.

Esas elecciones parecen ofrecer una vía de escape para las presiones de la conformidad y la soledad de la diferencia contra las que cada una de nosotras lucha diariamente. Sólo sé que esas elecciones no funcionan para mí, ni para otras mujeres que, no sin miedo, han sobrevivido al cáncer mediante el análisis minucioso de su significado dentro de nuestras vidas, intentando integrar esta crisis en fortalezas útiles para el cambio.

• 2

Esta selección de anotaciones de diario, que comienzan seis meses después de la mastectomía radical modificada que me realizaron a causa del cáncer de mama, y se extienden más allá de la finalización de los ensayos que componen este libro, ejemplifica el proceso de integración de esta crisis con mi vida.

26 de enero de 1979

No me siento muy esperanzada estos días, ni sobre mi ser ni sobre nada. Manejo los movimientos externos de cada día mientras el dolor me llena como un absceso y cada roce amenaza con romper la tensa membrana que evita que el pus fluya y envenene toda mi existencia. A veces, la desesperación barre mi consciencia como vientos lunares sobre una superficie estéril. Caballos con herraduras de hierro hacen estragos, subiendo y bajando por cada nervio. Oh, Seboulisa ma, ayúdame a recordar eso que me costó tan caro aprender. Podría morir de diferencia o vivir... una miriada de yoes.

5 de febrero de 1979

Lo terrible es que nada me resbala estos días, nada. Cualquier horror permanece como un tornillo de acero en mi carne, otro imán a la llama. Buster ha pasado a engrosar las filas de inútiles y devastadoras muertes de jóvenes negros; en la galería por todos lados feas imágenes de mujeres que ofrecen cuerpos distorsionados para todo tipo de fantasía en nombre del arte masculino. Gárgolas de placer. Hermoso sonriente Buster, acribillado en la entrada de un edificio por noventa centavos. ¿Desaprenderé esa lengua en la que está escrita mi maldición?

1 de marzo de 1979

Es tal el esfuerzo para encontrar comida decente en este lugar, no entregarme a comer el viejo veneno. Pero debo cuidar mi cuerpo con por lo menos el mismo cuidado con el que atiendo el compost, particularmente ahora cuando parece ser superfluo. Este dolor, esta desesperación que me circunda, ¿es un resultado del cáncer o sólo ha sido desencadenada por él? Me siento tan poco a la altura de lo que siempre supe manejar, las abominaciones del afuera que hacen eco del dolor interno. Y sí, soy totalmente auto-referencial ahora porque es la única traducción en la que puedo confiar y estoy segura de que recién cuando cada mujer rastree uno por uno los hilos sangrientos y auto-referenciales de su trama, comenzaremos a alterar el diseño entero.

16 de abril de 1979

La enormidad de nuestra tarea, dar vuelta el mundo. Siento como si estuviera dando vuelta mi vida, de adentro para afuera. Si puedo mirar directamente mi vida y mi muerte sin acobardarme, sé que nunca más

me podrán hacer nada. Debo conformarme con ver cuán poco puedo hacer en realidad y hacerlo con el corazón abierto. No puedo aceptar esto, nunca, como no puedo aceptar que dar vuelta mi vida sea tan difícil, comer distinto, dormir distinto, moverme distinto, ser distinta. Como dijo Martha, quiero a mi viejo yo, tan malo como era.

22 de abril de 1979

Tengo que dejar que este dolor fluya a través de mí y pase. Si me resisto o trato de detenerlo, va a detonar dentro de mí, me va a destrozar, mis pedazos van a salpicar todas las paredes y a todas las personas que toque.

1 de mayo de 1979

Llega la primavera y todavía siento la desesperación como una pálida nube lista para consumirme, engullirme como otro cáncer, tragarme hasta inmovilizarme, metabolizarme en sus propias células; mi cuerpo, un barómetro. Necesito recordarme a mí misma la alegría, la levedad, la risa tan vital para mi vida y mi salud. De otro modo, lo otro siempre va a estar esperando para hacerme caer de vuelta en la desesperación. Y eso implica destrucción. No sé cómo, pero es así.

Septiembre de 1979

No hay un lugar a mi alrededor donde estar quieta, donde examinar y explorar cuál dolor es sólo mío; ningún instrumento con el cual separar mi lucha interna de mi furia contra la maldad del mundo exterior, la estúpida y brutal falta de conciencia o interés que se asume como el modo en que son las cosas. La arrogante ceguera de las cómodas mujeres blancas. ¿Para qué sirve todo este trabajo? ¿Qué importa si

alguna vez puedo volver a hablar o no? Trato. La sangre de mujeres negras fluye de costa a costa y Daly dice que a las mujeres no nos incumbe la cuestión de la raza. Así que eso significa que somos inmortales o nacidas para morir sin que nadie lo note, no-mujeres.

3 de octubre de 1979

No me siento con ganas de ser fuerte, pero ¿acaso tengo opción? Duele cuando incluso mis hermanas me miran en la calle con ojos fríos y silenciosos. Se me define como otra en cada grupo del que formo parte. La de afuera, la extraña, a la vez fortaleza y debilidad. Y sin embargo, sin comunidad ciertamente no hay liberación, no hay futuro, sólo el armisticio más vulnerable y temporario entre mi opresión y yo.

19 de noviembre de 1979

Quiero escribir furia pero todo lo que aparece es tristeza. Hemos estado tristes el tiempo suficiente como para hacer que esta tierra lllore o sea fértil. Soy un anacronismo, un deporte, como la abeja que no se suponía que volara. La ciencia lo dijo. Yo no debería existir. Llevo la muerte conmigo, en mi cuerpo, como una condena. Pero vivo. La abeja vuela. Debe haber algún modo de integrar la muerte con la vida, ni ignorándola ni cediendo a ella.

1 de enero de 1980

“Fe” es el último día de Kwanza y el nombre de la guerra contra la desesperación, la batalla que peleo diariamente. Soy cada vez mejor. Quiero escribir sobre esa batalla, las escaramuzas, las derrotas, las pequeñas y sin embargo tan importantes victorias que traen dulzura a mi vida.

20 de enero de 1980

La novela está terminada, por fin. Ha sido un salvavidas. No necesito ganar para saber que mis sueños son válidos, sólo tengo que creer en un proceso del cual soy parte. Mi trabajo me ha mantenido viva este último año, mi trabajo y el amor de las mujeres. Son inseparables uno de otro. En el reconocimiento de la existencia del amor está la respuesta a la desesperación. El trabajo es ese reconocimiento con voz y nombre.

18 de febrero de 1980

Hoy cumpla 46 años de vida y estoy muy feliz de estar viva, muy contenta y muy feliz. El miedo, el dolor y la desesperación no desaparecen. Sólo van haciéndose cada vez menos importantes. Aunque, a veces, todavía anhelo una vida simple y ordenada con un hambre tan agudo como el de una vegetariana por la carne.

6 de abril de 1980

Algunos días, si la amargura fuera una piedra de afilar, yo podría ser filosa como el desconsuelo.

30 de mayo de 1980

La primavera pasada fue un pedazo más del otoño y el invierno anteriores, una progresión de todo el dolor y la tristeza de ese tiempo, rumiados. Pero de alguna manera este verano que ya está casi encima de mí se siente como una parte de mi futuro. Como un tiempo totalmente nuevo. Y me alegro de saberlo, me lleve donde me lleve. Me siento otra mujer, salida de la crisálida. Me convierto en una yo más ancha, estirada; fuerte y excitada, un músculo flexionado y listo para la acción.

20 de junio de 1980

No me olvido del cáncer por mucho tiempo, nunca. Eso me mantiene armada y alerta, pero también con un leve ruido de miedo de fondo. El libro de Carl Simonton, Getting Well Again, ha sido realmente útil, aunque a veces me enfurece que sea tan engreído. Las visualizaciones y las técnicas de relajación profunda que aprendí de él me hacen una persona menos ansiosa, lo que parece raro, porque en otros sentidos vivo con el miedo constante de la recurrencia de otro cáncer. Pero el miedo y la ansiedad no son lo mismo, para nada. Uno es la respuesta apropiada a una situación real que puedo aceptar y aprender a trabajar, de la misma forma en que trabajo la semi-ceguera. Pero la otra, la ansiedad, es un abandono inmovilizante a cosas que hacen ruido en la oscuridad, un abandono a lo sin nombre, a lo sin forma, a lo sin voz y al silencio.

10 de julio de 1980

Soñé que había empezado a entrenar para cambiar mi vida, con una maestra que se veía en sombras. No iba a clase, pero iba a aprender cómo cambiar mi vida completamente, vivir de forma diferente, hacer todo de manera nueva y diferente. No entendía del todo, pero confiaba en esta oscura maestra. Otra chica que estaba ahí me dijo que estaba haciendo un curso de language crazure, lo opuesto a discrazure (la rajadura y el desgaste de la roca).¹ Me pareció muy interesante estudiar la formación, el quiebre y la composición de las palabras, así que le dije a mi maestra

¹ La autora inventa las palabras *crazure* y *discrazure* para contar su sueño. En inglés, remiten sonoramente a la palabra *crazy*, que significa “locura” (N. de T.).

que quería hacer ese curso. Mi maestra dijo okey, pero que esa clase no me iba a servir para nada porque yo tenía que aprender otra cosa y que no sacaría nada nuevo. Le contesté quizás no, pero que aunque supiera mucho sobre rocas, por ejemplo, igual me gustaba estudiar su composición y reconocer los distintos elementos de los que están hechas. Es muy interesante pensar que yo soy todas las personas de este sueño.

• 3

He aprendido mucho en los dieciocho meses que pasaron desde mi mastectomía. Mis visiones del futuro que puedo crear han sido pulidas por los aprendizajes sobre mis limitaciones. Ahora quiero dar forma con honestidad y precisión al dolor fe trabajo y amor que este período de mi vida ha traducido en fortaleza.

A veces el miedo me acecha como otro tumor maligno, restando energía, poder y atención a mi trabajo. Un resfrío resulta siniestro; una tos, cáncer de pulmón; un moretón, leucemia. Esos miedos son más poderosos si no les doy voz e inmediatamente aparece la furia de no poder despojarme de ellos. Vivir atravesada por el miedo me está enseñando a trascenderlo y en el proceso aprendo a convertir la furia contra mis propias limitaciones en una energía más creativa. Me doy cuenta de que si espero hasta no sentir más miedo para actuar, escribir, hablar, ser, voy a terminar enviando mensajes con una tabla Ouija como quejas crípticas desde el más

allá. Cuando me atrevo a ser poderosa, a usar mi fuerza al servicio de mi visión, entonces es menos importante si se me fue o no el miedo.

Como mujeres hemos sido criadas para temer. Si no puedo desterrar completamente el miedo, al menos puedo aprender a contar menos con él. Porque entonces el miedo se convierte no en un tirano contra el cual malgasto mi energía luchando, sino en un compañero, no particularmente deseable, pero sí uno cuyo conocimiento puede ser útil.

Escribo tanto aquí sobre el miedo porque mientras daba forma a esta introducción a *Los diarios del cáncer* sentía al miedo pesándome sobre las manos como una barra de acero. Al volver sobre los dieciocho meses que pasaron desde mi mastectomía, algo de lo que encontré fue desesperación derretida y oleadas de luto: por mi pecho perdido, por el tiempo, por el lujo del falso poder. No sólo fue difícil y doloroso revivir estas emociones, sino que estaban entretejidas con el terror de que, si me abría de nuevo al escrutinio, a sentir el dolor de la pérdida, a la desesperación, a las victorias demasiado pequeñas a mis ojos como para celebrarlas, entonces también podía abrirme de nuevo a la enfermedad. Tuve que recordarme a mí misma que ya había vivido todo eso. Había conocido el dolor y había sobrevivido a él. Sólo me quedaba darle voz, compartirlo para que fuera útil, para que no fuera malgastado.

Al vivir una vida consciente, bajo la presión del tiempo, trabajo con la consciencia de la muerte

sobre mis espaldas, no constantemente, pero lo suficientemente a menudo como para que deje una marca sobre todas las decisiones y acciones de mi vida. Y no importa si esta muerte llega la semana próxima o dentro de treinta años; esta consciencia da otra amplitud a mi vida. Ayuda a formar las palabras que digo, las formas en que amo, mi política de acción, la fuerza de mi visión y de mi propósito, la profundidad de mi valoración de la vida.

Mentiría si no hablara también de la pérdida. Cualquier amputación es una realidad física y psíquica que debe ser integrada en un nuevo sentido del yo. La ausencia de mi pecho es una tristeza recurrente, pero ciertamente no es algo que domine mi vida. Lo extraño, a veces muy agudamente. Cuando otras mujeres de un solo pecho se esconden detrás de la máscara de la prótesis o la peligrosa fantasía de la reconstrucción, encuentro poco apoyo en el medio femenino más amplio para mi rechazo de lo que siento como una farsa cosmética. Pero creo que las prótesis socialmente aprobadas son sólo otra forma de mantener a las mujeres con cáncer de mama en silencio, separadas unas de otras. Por ejemplo, ¿qué ocurriría si un ejército de mujeres con un solo pecho descendiera sobre el Congreso para exigir la prohibición del uso de hormonas cancerígenas en la producción ganadera?

Las lecciones de los últimos dieciocho meses han sido muchas: ¿cómo consigo los mejores nutrientes físicos y psíquicos para reparar daños pasados y minimizar daños futuros a mi cuerpo? ¿Cómo le doy voz a mis búsquedas,

para que otras mujeres aprovechen mis experiencias? ¿Cómo encajan mis experiencias con el cáncer en el tapiz más amplio de mi trabajo como mujer negra y en la historia de todas las mujeres? Y sobre todo, ¿cómo lucho contra la desesperación nacida del miedo, la ira y la impotencia, que es mi mayor enemigo interno?

Descubrí que luchar contra la desesperación no significa cerrar los ojos ante la enormidad de las tareas necesarias para efectuar un cambio, ni ignorar el poder y la crueldad de las fuerzas alineadas en nuestra contra. Significa enseñar, sobrevivir y luchar con el recurso más importante que tengo: yo misma, y disfrutar de esa lucha. Significa, para mí, reconocer al enemigo externo e interno, y saber que mi trabajo es parte de un *continuum* de trabajo de mujeres para recuperar la tierra y nuestro poder, y saber que este trabajo no comenzó con mi nacimiento ni terminará con mi muerte. Y significa saber que dentro de este *continuum*, mi vida, mi amor y mi trabajo tienen un poder y un significado particulares para otras personas.

Significa pescar truchas en el río Missisquoi al amanecer y saborear el verde silencio. Y saber que también esta belleza es mía para siempre.

29 de agosto de 1980

CAPÍTULO 1

LA TRANSFORMACIÓN DEL SILENCIO EN LENGUAJE Y ACCIÓN²

Me gustaría presentar mis comentarios sobre la transformación del silencio en lenguaje y acción con un poema. Su título es *A Song for Many Movements* [Una canción para muchos movimientos] y dedico su lectura a Winnie Mandela. Winnie Mandela es una insurgente sudafricana que ahora está exiliada en algún lugar de Sudáfrica. Estuvo en prisión y luego de ser liberada fue apresada de nuevo después de sus declaraciones contra el encarcelamiento de alumnos y alumnas negros que estaban cantando canciones de protesta y fueron acusados de violencia pública...:

Nadie quiere morir en el camino
atrapada entre fantasmas de blancura
y el agua real
ninguna de nosotras quería dejar

² Originalmente leído como un discurso el 28 de diciembre de 1977 en el Panel Lésbico y de Literatura de la *Modern Language Association* [Asociación de Lenguas Modernas de Estados Unidos].

los huesos
en el camino hacia la salvación
tres planetas a la derecha
hace un siglo de años luz
nuestros sabores son diferentes y particulares
pero nuestras pieles cantan
en claves complementarias
a las ocho menos cuarto
mientras contábamos las mismas historias
una y otra vez.

Dioses rotos sobreviven
en las grietas y lodazales
de cada ciudad sitiada
donde es obvio
que hay demasiados cuerpos
para acarrear a los hornos
o patíbulos
y nuestros usos se han vuelto
más importantes que nuestro silencio
después del derrumbe
demasiadas carcasas vacías
de sangre para enterrar o quemar
no habrá ya ningún cuerpo
para escuchar
y nuestra fuerza de trabajo
se ha vuelto más importante
que nuestro silencio.

Nuestra fuerza de trabajo se ha vuelto
 más importante
 que nuestro silencio.

(versión original en Audre Lorde,
The Black Unicorn, W. W. Norton & Co., 1978)

Repetidamente he llegado a la convicción de que lo que es importante para mí debe ser dicho, verbalizado y compartido, incluso con el riesgo de que sea desvirtuado o malentendido. Que hablar me resulta provechoso, más allá de cualquier otro efecto. Estoy aquí parada en tanto poeta negra lesbiana y la contundencia de todo eso reside en el hecho de que todavía estoy viva, y podría no estarlo. Hace menos de dos meses, dos doctores (una mujer y un hombre) me dijeron que tenía que someterme a una cirugía mamaria y que había una posibilidad de entre el 60 y el 80 por ciento de que el tumor fuera maligno. Entre esa instancia y la cirugía en sí, hubo un período de tres semanas en el que me enfrenté a la agonía de reorganizar involuntariamente mi vida entera. La cirugía se hizo y el tumor era benigno.

Pero en esas tres semanas me vi forzada a mirarme a mí misma y a mi vida con una claridad dura y urgente que me dejó muy sacudida pero mucho más fuerte. Esta es una situación que enfrentan muchas mujeres, incluso algunas de ustedes, que están aquí hoy. Parte de lo que experimenté durante ese tiempo me ayudó a entender mucho de lo que siento respecto de la transformación del silencio en lenguaje y acción.

Al tomar consciencia, forzosa y esencialmente, de mi mortalidad y de lo que deseaba y quería para mi vida, por más corta que fuera, las prioridades y las omisiones quedaron claramente dibujadas bajo una luz impiadosa, y de lo que más me arrepentí fue de mis silencios. ¿Cuáles habían sido mis miedos? Cuestionar o decir lo que pensaba podría haber generado dolor, o incluso muerte. Pero todas sufrimos de tantas maneras diferentes, todo el tiempo... y el dolor irá cambiando o se irá. La muerte, por su parte, es el silencio final. Y eso podía llegar rápidamente, ahora, sin considerar si yo alguna vez había dicho lo que debía ser dicho, o si sólo me había traicionado en pequeños silencios, mientras planeaba lo que diría alguna vez o esperaba las palabras de alguna otra persona. Y empecé a reconocer una fuente de poder dentro de mí misma, que viene de saber que, si bien lo más deseable sería no tener miedo, poner ese miedo en perspectiva me dio una gran fuerza.

Voy a morir de todas maneras, haya hablado o no. Mis silencios no me han protegido. El silencio no te protegerá. Pero con cada palabra dicha, con cada intento hecho alguna vez por decir esas verdades que todavía estoy buscando, he hecho contacto con otras mujeres, examinando las palabras para que encajen en un mundo en el que todas creamos, salvando nuestras diferencias. Y fue la preocupación y el afecto de todas esas mujeres lo que me dio fuerzas y me permitió analizar lo esencial de mi vida.

Las mujeres que me sostuvieron durante ese período fueron negras y blancas, viejas y jóvenes,

lesbianas, bisexuales y heterosexuales, y todas compartíamos la lucha contra las tiranías del silencio. Todas me dieron una fuerza y un cuidado sin los que no podría haber sobrevivido intacta. Durante esas semanas de miedo agudo llegó la certeza (dentro de la guerra que estamos peleando todas contra las fuerzas de la muerte, sutiles y no, conscientes o no) de que no soy sólo una víctima: también soy una guerrera.

¿Qué palabras no tienes todavía? ¿Qué necesitas decir? ¿Qué tiranías te tragas día a día e intentas hacer tuyas, hasta que te enfermen y te maten, todavía en silencio? Quizás para algunas de ustedes que están aquí hoy, soy la cara de alguno de sus miedos. Porque soy mujer, porque soy negra, porque soy lesbiana, porque soy yo misma, una poeta negra y guerrera haciendo mi trabajo, que es preguntarles: ¿están ustedes haciendo el suyo?

Y, por supuesto, tengo miedo (pueden sentirlo en mi voz) porque la transformación del silencio en lenguaje y acción es un acto de auto-revelación y eso siempre parece cargado de peligro. Pero mi hija, cuando le conté sobre nuestro tema de hoy y las dificultades que me generaba, me dijo: “Cuéntales que nunca serás realmente una persona íntegra si te quedas en silencio, porque siempre estará ese pedacito dentro de ti que quiere ser dicho, que si lo sigues ignorando se enoja cada vez más y se calienta cada vez más, y si no lo dices un día va a saltar y te va a dar una trompada en la cara”.

Al sostener el silencio, cada una de nosotras dibuja la forma de su propio miedo: miedo al desprecio, a la censura, o algún juicio o reconocimiento al desafío, a la aniquilación. Pero sobre todo, creo, tememos la mismísima visibilidad sin la cual tampoco podemos vivir. En este país –donde la diferencia racial crea una constante, aunque silenciada, distorsión de la visión– las mujeres negras han sido siempre, por un lado, sumamente visibles y por el otro, invisibilizadas mediante la despersonalización del racismo. Incluso dentro del movimiento de mujeres hemos tenido que luchar (y seguimos luchando) por la misma visibilidad que nos hace más vulnerables: nuestra negritud. Porque para sobrevivir en las fauces de este dragón que llamamos Estados Unidos, hemos tenido que aprender esta primera y más vital lección: que no se suponía que sobreviviéramos. No como seres humanos. Y tampoco se suponía que sobreviviera la mayoría de las que están aquí hoy, sean negras o no. Y esa visibilidad que nos hace más vulnerables es también la fuente de nuestra mayor fuerza. Porque la máquina tratará de pulverizarnos de todas maneras, hablemos o no. Podemos sentarnos en nuestros rincones, mudas para siempre, mientras nuestras hermanas y nosotras mismas somos descartadas, mientras nuestros hijos e hijas son deformados y destruidos, mientras nuestra tierra es envenenada. Podemos quedarnos en nuestros seguros rincones mudas como botellas y, aun así, nuestro miedo no se achicará.

En mi casa este año estamos celebrando la fiesta de Kwanza, el festival afroestadounidense

de la cosecha, que comienza el día después de Navidad y dura siete días. Hay siete principios de Kwanza, uno para cada día. El primer principio es *Umoja*, que significa unidad, la decisión de generar y mantener nuestra propia unidad individual y la de nuestra comunidad. El principio para ayer, el segundo día, era *Kujichagulia*: auto-determinación, la decisión de auto-definirnos, de darnos un nombre y hablar por nosotras mismas, en lugar de ser definidas y nombradas por otros. Hoy es el tercer día de Kwanza, y el principio para hoy es *Ujma*: trabajo colectivo y responsabilidad, la decisión de construir y mantenernos unidas nosotras mismas y a nuestras comunidades, y de reconocer y solucionar nuestros problemas juntas.

Cada una de nosotras está aquí ahora porque de alguna manera compartimos un compromiso con el lenguaje y con el poder que tiene, y con recuperar el lenguaje que ha sido usado en nuestra contra. Para la transformación del silencio en lenguaje y acción es vitalmente necesario que cada una de nosotras defina o evalúe su función en esa transformación y reconozca su rol como vital dentro del proceso.

Para aquellas de nosotras que escribimos, es necesario examinar no sólo la verdad de lo que decimos, sino la verdad del lenguaje que usamos para decirlo. Para otras, el compromiso es compartir y difundir también esas palabras que nos son significativas. Pero principalmente, para todas nosotras, es necesario transmitir, con nuestros actos y palabras, esas verdades en las que creemos y que sabemos más allá de lo

racional. Porque sólo de esta manera podemos sobrevivir: participando en un proceso de vida creativo y continuo, un proceso de crecimiento.

Y nunca es sin miedo; a la visibilidad, a la inclemente luz del escrutinio y quizás de los juicios, al dolor, a la muerte. Pero ya hemos sobrevivido a todo eso, en silencio, excepto a la muerte. Y constantemente me recuerdo a mí misma que si hubiera nacido muda, o hubiera mantenido un voto de silencio durante toda mi vida para estar a salvo, aun así habría sufrido y aun así moriría. Esto es muy útil para establecer una perspectiva.

Y donde las palabras de las mujeres están clamando por ser oídas, cada una de nosotras debe reconocer su responsabilidad de buscar esas palabras, leerlas, compartirlas y analizar su pertinencia en nuestras vidas. No nos escondamos detrás de las falsas divisiones que nos han impuesto y que tan a menudo aceptamos como propias. Por ejemplo: “No puedo enseñar literatura escrita por mujeres negras: su experiencia es tan distinta de la mía...”. Sin embargo, ¿cuántos años han dedicado a enseñar Platón, Shakespeare y Proust? O si no: “Ella es una mujer blanca. ¿Qué podría tener para decirme?”. O: “Ella es lesbiana. ¿Qué dirían mi marido o mi jefe?”. O también: “Esta mujer escribe sobre sus hijos, y yo no tengo hijos”. Y todas las otras infinitas formas en las que nos privamos de nosotras mismas y de las otras.

Podemos aprender a trabajar y a hablar cuando tenemos miedo, de la misma forma en que hemos aprendido a trabajar y a hablar cuando

estamos cansadas. Porque hemos sido socializadas para respetar más el miedo que nuestras propias necesidades de lenguaje y definición, y si esperamos en silencio por ese lujo final que es no tener miedo, el peso del silencio nos ahogará.

El hecho de que estemos aquí y de que yo ahora esté diciendo estas palabras es un intento por romper ese silencio y acortar algunas de esas diferencias entre nosotras, porque no es la diferencia lo que nos inmoviliza, sino el silencio. Y hay tantos silencios que romper.

ÍNDICE

PRÓLOGO

El auto-cuidado como legado
Pabla Pérez San Martín • 7

INTRODUCCIÓN • 13

CAPÍTULO 1:

*La transformación del silencio
en lenguaje y acción* • 25

CAPÍTULO 2:

*Cáncer de mama: la experiencia
de una feminista negra y lesbiana* • 35

CAPÍTULO 3:

Cáncer de mama: poder versus prótesis • 79

Para comprar este libro, visita la
tienda en nuestra web
<www.ginecosofia.com>.

Ginecosofía

es un proyecto de comunicación con más de una década de gestación, expandido desde Chile hacia Argentina, Brasil y otros países de Latinoamérica.

Su deseo es acompañarnos como mujeres y feminidades en el camino del auto-conocimiento de nuestros cuerpos y procesos, repensar las crianzas, la amistad y el amor, confiando en los saberes comunitarios, en modos alternativos de organización, en la micropolítica de la vida cotidiana, para que seamos un poco más libres mientras seguimos haciendo el mundo de nuevo.